EN SEVILLA.

Por un mes
4 rs.

FUERA DE
SEVILLA.

Por tr s meses
16 rs.



LA PLATEA,

REVISTA DE TEATROS Y DE LITERATURA

INDICE DE ESTE NÚMERO.

CRÍTICA LITERARIA.

POESIAS

DE DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

ECOS NACIONALES.



EUNÍDOSE habian, y engolfádose en largas y amenas pláticas, el cura y el barbero, en casa del bachiller Sanson Carrasco; ó lo que á ser tiene lo mismo, en la humilde y mal vestida morada del que esto escribe, que breves años goce, si no es la propia persona del bachiller, mas ó menos corregida y aumentada. Cerca de un hora habia que el cura y el bachiller callábamos, obligados por el locuáz barbero, que retórico y elocuente nos anonadaba á frases, armado de digresiones y paréntesis, que estiraban y desenvolvian el hilo de su discurso hasta el punto de hacerle parecer interminable; cuando, agotada mi paciencia y prontos ya á adormecerse mis sentidos, interrumpí de esta manera al buen rapista:

—Noramala para vos, maese, y cuán difuso y hablador habeis venido! no, si no déjenle á el, que camino lleva de acabar el dia del juicio. ¿Qué os pasa que asi os prolongais, pues algo ha de pasar para esto? ¿quién os trae y lleva de esa suerte, que tan mal nos tratásteis? ¿qué musa os sopla, si ya no es el mismo Apolo el que hoy ha desanudado vuestra lengua?

—Dios os lo perdone, compadre, añadió el cura; mas pienso yo que no he sufrido tanto como este dia y en esta hora desde que mi madre me echó al mundo. Callad, callad por vuestra vida, y si teneis en alguna estima la del prógimo, poned coto á vuestra lengua, que temo ha de ir mas allá de lo que la comun paciencia permite.

—Bien podrá ser, compadre, respondió el no mal aconsejado barbero; que siempre, si he de creer á la propia y la agena esperiencia, fuí mas suelto de lengua que de huesos. Mas digame, y sea presto, pues deseo salir de confusiones; ¿cómo, y cuando de nuestras mal aventuradas letras hablo, lleno de una santa ira contra tanto maladrin como las *tala*, que cultiva no seria razon decir ahora, cómo, repito, quiere que sea breve, habiendo tanto como hay en la viña del Señor, digno de que de ello luenga mencion se haga? responda, compadre: ¿no es cosa de darse al diablo ver el estado á que han reducido á esta nuestra hermosa poesia lírica esos fingidos cisnes, esos reales y verdaderos grajos, que en mal hora hicieron sonar su canto ronco en los espacios de la prensa? Entraos, entraos por esos periódicos adelante, por esos periódicos, digo, que desde 1834 acá están viendo la luz ramera, á la que otros cortés y respetuosamente llaman pública, y vereis milagros. Mirad aquel plagado siempre de abominables coplas, ved si no esotro, inundado de versos sin tino y sin medida escritos. Y esto se imprime! y esto os parece bien, compadre? y no quereis que indignado pida á Júpiter rayos vengadores, ávidas centellas é inmensas mangas de fuego, que caigan y se desplomen sobre esta nueva Sodoma, sobre esta impura Gomorra literaria!

—¡Ay, maese! esclamó el cura, y cúmo os estravia y ciega los ojos del entendimiento la ira, á quien no sin razon ha llamado un sabio *tizon del infierno!* Apartad de ahi ese Júpiter, que temo que como á un ídolo falso ha de abrasarle el santo incendio que tragó y borró de la tierra á las dos malditas ciudades.

—Razon teneis, dijo el barbero; esta ira, ó este tizon, como habeis dicho, humea demasiado para que deje de turbar la luz de mi poco alumbrado entendimiento. Mas no se hable en esto mas, si os parece, y volvamos á lo pasado.

—Sea asi, dije yo, con tal que no se duerma el buen maese, como decirse suele, y como muy bien pudiera acontecer, con la palabra en la boca.

—No hayais cuidado, respondió reposadamente el barbero, y dejadme á mi, que esta vez seré tan breve como quisiéreis y como no esperareis sin duda. Decia, que los malos poetas han acabado con la poesia, y en ello me afirmo y mantengo ahora; porque ¿quien es, decidme, el discreto que hoy no vuelve la hoja, al tropezar en cualquiera publicacion con algunos de esos que han dado en llamar versos, y que en verdad que en pocas ocasiones son acreedores á tan honrrado nombre? ¿Qué necio no los escribe? ¿Qué bueno y feliz ingenio los produce, en medio de la universal indiferencia y del desaliento que de algunos años á esta parte, mata y sofoca lamente, el corazon del que nació, creció y se formó, poeta?

—Alto hai, compadre, replicó el cura, que no es razon que asi se hable, siendo todavia tantos por fortuna, los buenos ingenios que producen, y nobles esfuerzos hacen por levantar á nuestra abatida poesía del hondo abismo en que yace. Asi no fuera mas cierto que esto lo que antes habeis hablado, y las gentes leyeran, no lo malo, ni mediano, sino lo bueno y escelente que para ellas ha sido escrito, se escribe y escribirá.

—Ciertamente, dije yo á esta sazon: que sin ir mas lejos, y sin buscar en los años lo que en ellos de menos valor seria, jóvenes conozco de de tan buen juicio, claro talento, esquisito gusto y bien cortada pluma, que harian milagros á poco



que se les alentase.

—Nombradme á algunos en buen hora, señor bachiller, que ánsia he de conocerlos á la par que vos, pues sabria apreciarlos como el que mas.

—Muchos podria nombraros, barbero de mis pecados, que barbas han ellos segun son de viejos graves, y crecidos; mas contentaréme con uno, cuyas obras tengo tan á la mano como vais á ver ahora; y mostréle un libro que sobre una inmediata mesa descansaba, diciendo estas ó semejantes palabras:

—Pocos dias ha, que este libro que veis, se dió á la estampa; pero, ó muy descaminado voy, ó su vida ha de ser tan larga como la de aquel ave, de quien diz que renace de sus propias cenizas.

Preguntáronme qué título tenia, y respondí: que habia por tal el de *Ecos Nacionales*, y que era el tomo primero de las poesías de Aguilera.

—¿Llámase Ventura Ruiz ese Aguilera? preguntó el cura.

—Asi se llama respondí al punto.

—Pues abrid ese libro, y veamos, que barrunto que han de ser tan buenas esas poesías como las del mismo Lope.

Abrió el libro al barbero, y leyó la primera, que era un himno á *Dios*, tan lleno de fé y de armonía, que, mas que para humanas gentes, parecia escrito para que los ángeles lo cantasen. Grande fué entonces la admiracion del barbero, y no poco el gusto que recibió el cura, que oia leer á aquel con los ojos arrasados en lágrimas, y como si alguna celestial vision se le representára.

—¡Pardiez! dijo el maese, asi que hubo terminado la lectura que tan sabrosamente habia entretenido á todos. Este Aguilera es tan poeta como cristiano; y si todos sus otros versos se parecieren á estos, en láminas de oro puro deberia grabarse su nombre, al lado de los primeros ingenios de nuestra patria.

—Leed y juzgad, respondí; y siguió leyendo en alta voz y conveniente sentido.

—Si bien habia parecido á todos el primer canto del poeta, todavia mas admirable y sublime pareció el segundo, en el que se celebraba el valor español, al recordar en un sencillo y bellísimo cuento la gran victoria de Roncesvalles, que llenó de espanto y de vergüenza á las francesas armas.

—A este segundo canto siguió el tercero, que cautivó, no menos por su forma que por su intencion, habiéndose leido sucesivamente, y en poco mas de dos horas, todos cuantos el libro contenia, no sin alguna que otra ligerísima pausa, debida á tal cual lunar, que de tarde en tarde y con suma dificultad echábase de ver.

=¡Válgame Dios! esclamó el cura al cabo de algunos momentos de general silencio y profunda meditacion: ¡válgame Dios! ¡y á cuanta discreta y grave reflexion da lugar esta obra! Dejo á un lado la novedad, que de tantas de su género la distingue: nuestros cantos populares, que poco ó ningun valor encierran, nuestra cancion clásica, que oda podria llamarse sin temor de estraviarse mucho, y nuestro himno patriótico, chillon y parlero como las avecillas, que á la naciente aurora saludan, distan tanto por su objeto é importancia de estas otras canciones, que desde luego aparece inútil y nada juiciosa la comparacion que de unas con otras podria hacerse. Nuestro poeta ha introducido en la literatura española una nueva raza de himnos nacionales, ó populares, que siendo susceptible de todas las bellezas de la poesía, viste siempre, ó casi siempre, con modestísimo traje, para que aun el menos inteligente del ignorante vulgo, se les aficione y acerque; que la pompa y grandilocuencia de nuestro poético lenguage, desvia á los profanos con frecuencia, y hace incomprensibles para ellos las mas altas bellezas, á mas de despojar á estas alguna vez de gran parte de su valía. Pero ya he dicho que no la novedad, sino la profundidad, es la que hace á este precioso libro (en mi humilde opinion al menos) acreedor á las mayores alabanzas.

El pueblo necesita hoy fé, ha pensado el poeta, y ha dado feliz comienzo á la coleccion de sus *Ecos* con un canto á Dios, considerando (con razon harta) á la religion como origen principal y base de toda virtud. Despues, al ver roto y derribado por tierra el nacional estandarte, tan temido y respetado en mejores dias, ha vuelto á tomar la lira y ha cantado á la pátria; pero á la pátria vencedora, á la patria de Bernardo del Carpio y de los héroes de Roncesvalles. El pueblo, al aprender de memoria el himno consolador, en que la voz del vate le recuerda las viejas glorias, no podrá menos de irritarse contra si mismo, reflexionando cuan necia y vergonzosamente ha derramado su sangre, á impulsos de la ambicion burladora, y de la monstruosa barbarie de los enemigos de su reposo y de su honra.

Mas adelante, el poeta de la religion y de la pátria, canta la paz, el fin de las discordias civiles, y grita al pueblo dividido en rencorosos bandos:

¡Esos que ves morir, son tus hermanos!

Y sublime misionero, entre la inmensa multitud que le rodea, va atravesando con grave y majestuoso paso, predicando la caridad, la virtud, el trabajo, la proteccion á los que al pais sirvieron y por él sacrificaron tranquilidad, juventud, haberes; y ora con satírica ironía, ora con ternísima dulzura, aconseja, reconviene, convence en fin.

Ahora, amigo maese, y vos, bachiller, decidme: ¿qué libro de castellana poesia conoceis que en fondo é intencion lleve ventaja á este? ¿No creeis que el buen Aguilera, al lanzar de su mente y de su corazon tan importante obra, ha hecho, despues de lo que como á poeta, y poeta escelente, debia exigírsele, cuanto de un profundísimo filósofo era de esperar?

=Asi es, respondió el barbero; y con verdad os digo, que estoy maravillado y aun creo oir sonar en mis oidos la música sabrosísima de esos divinos cantos.

—Tales son ellos, añadí yo, que dudo á cual podria darse la preferencia.

—Buenos son todos, dijo otra vez el barbero: gústanme sin embargo sobremanera: *El veterano, El tributo de sangre, La vuelta del voluntario*, el titulado *Roncesvalles* y algun otro, que dignos de Beranger me parecen.

=Mirad, compadre, volví á decir, que esas canciones, con escasísima diferencia, pertenecen todas al mismo género. Bellísimas son en efecto, mas no dejeis pasar asi las del *Dos de mayo, El corcél de batalla, La caridad* y otras tan buenas, que nos habeis leido ha un momento y que con rara complacencia os hemos escuchado.

—Y que sin duda, prosiguió el cura, son: *El maestro que no viene, Las aristocracias, Modelo de diputados, El perro que ladra, La barcarola á Pio IX y... y ...*

=*Y el canto de Napoleon*, continué yo, en el que el arrogante conquistador dice con valentísima osadía;

Luz una noche me pidió mi gente,
Y á cañonazos incendié á Moscóu.

—Y.... y.... repitió el cura, á quien siendo infiel su memoria, interrumpió el barbero.

=Y.... y.... sabeis por ventura que es tarde, y que ha tiempo que estamos cansando la paciencia al bachiller, cuya atentísima amistad no merecia ciertamente tan ruin correspondencia?

Apresuréme á manifestar al maese que se engañaba y que yo estaba contentísimo de verme en tan honrada compañía; pero no todo fué en vano: el cura y el barbero se levantaron, y dándome las buenas noches salieron poco despues de mi aposento. Yo entonces tomé la pluma y escribí estos renglones toscos y desaliñados, confiado en la indulgencia del lector, á quien, antes de concluir, y para mejor ganarle la voluntad, he de llamar *pio, caro, paciente* y... todo, menos *curioso*, pues no ha de serlo tanto que vuelva á caer en la tentacion de leer á

Francisco Cea.



ARTE DRAMÁTICO.

PROPIEDAD EN LOS TRAJES.



LAS buenas producciones dramáticas, decia un célebre artista extrangero; al paso que honran sobremanera al pais donde se dan á luz, son una preciosa adquisicion para la Europa entera. Formando parte de la educacion pública, se presentan á la vista como una verde rama de la gloria nacional.

Pero no basta únicamente que el genio creador de los autores ofrezca á sus conciudadanos el ópimo fruto de sus ímprobos desvelos. Es menester que al ponerse en escena una obra dramática, no decaiga por la mala ejecucion de los actores. Es preciso que estos sepan transmitir fielmente al espectador todas las bellezas que se encierran en la misma. Es indispensable que sientan arder en su pecho el amor al arte, con cuya viva llama se crea la celebridad.

Para alcanzarlo no basta recitar materialmente las palabras, estudiar las diversas inflexiones de la voz, que producen la perfecta declamacion, y adoptar un noble á la par que fino ademan: es necesario adelantar mas este amor al arte, retratando al héroe que se representa, ya sea histórico ó bien fabuloso, por medio de la exactitud arqueológica en el traje.

Al ver en épocas no muy remotas el descuido de los actores en una parte tan esencial para el buen efecto de los espectáculos, nos dan una idea de sus limitados conocimientos y de la suma tolerancia del público.

Felizmente, de algunos años á esta parte se ha ido corrigiendo la plaga de anocronismos que invadia la escena, gracias á los primeros escritores que no cesaron de declamar contra ellos, y á los celosos artistas que concibieron la idea de presentar en el proscenio una verdadera reforma en los trajes. Antes de Garrick y Kemble, los actores ingleses los arreglaban segun la moda reinante. De aqui se siguió ver en una representacion á Shylock vestido de noble caballero, y á Hamlet (de Shakspeare) con descomunal y empolvada peluca y larga tizona de distinto siglo. En Francia habia una costumbre todavia mas ridícula, pues los actores de aquella nacion vestian los trajes de una época, al propio tiempo que ceñian la espada y usaban el sombrero de otra bien diversa.

Juan Kemble fué para Inglaterra, lo que Talma para la Francia. En 1794 representó á Hamlet, en el verdadero traje del tiempo en que acaeció el hecho. Aplaudido justamente procuró inducir á los demás á que le imitáran. El célebre Boot que era á la sazon la gloria de la escena inglesa, se mostraba escrupulosísimo en el modo de vestirse en ella. Llegó á tal estremo su amor á la propiedad, que descendia hasta estenderla á los objetos que parecen indiferentes á la generalidad de los actores. Su prevision dispuso que en la sombra de Hamlet, se le arreglase el calzado con el doble forro en la parte esterior de las suelas, para que el ruido de sus pisadas no disminuyese el *efecto teatral*.

Talma se propuso completar la revolucion empezada por Lekain, llevando al mas alto grado la verdad en la diccion, en el ademan y en los trajes. Visitó los museos; consultó los manuscritos y medallas antiguas; preguntó á la escultura y á los monumentos de toda clase, estudiando asiduamente en los admirables cuadros de Rafael y Poussin, la propiedad de aquellos trajes que no conocia con exactitud, ó bien que ignoraba enteramente.

La primera vez que se vió en la escena francesa la toga romana, fué en 1789. Talma se vistió con ella para representar á *Prócuto*, y esta innovacion que debia ser bien recibida por los artistas, fué para ellos el blanco de su crítica mordáz y el objeto de mil nécios sarcasmos.

Al verle envuelto en el ancho ropaje blanco que delineaba sobre su brazo izquierdo los hermosos pliegues llamados *sinus*, uno le preguntaba con

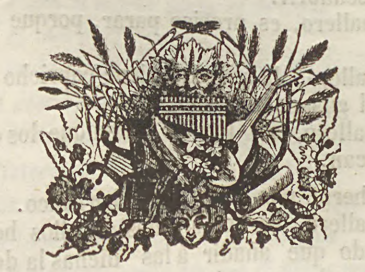
cierto aire verdaderamente cómico, *en qué faltriquera pensaba meter su pañuelo*; otro le pedia las señas *del sastre que le habia tomado la medida tan exacta*; y no faltó quien dijo que *en la violencia de la calentura, Talma se habia cubierto con las sábanas de la cama*. Semejantes invectivas le atemorizaron de tal manera, que creyéndose ridiculamente vestido, se dirigia á su cuarto para mudar el traje con la acostumbrada coraza, cuando le avisaron que debia presentarse en las tablas. Lleno de miedo salió á la escena, sin tener apenas fuerzas para desenvolver su vestidura; empero los repetidos aplausos que se dejaron oir en el coliseo vinieron á animarle, y aunque Talma ejecutaba el último papel del drama, obtuvo todos los honores de la representacion.

Ahora bien: ¿habria el célebre actor francés alcanzado este nuevo triunfo, si impropiamente hubiese vestido como héroe de Troya, un cónsul romano, ciñéndole la dorada coraza y el fino tonelete de raso, segun lo practicaban los demás cómicos contemporáneos? Sin ese amor á la exactitud en los trajes, nunca hubiera oido su mas bello encomio de boca de la satírica jóven actriz Mlle. Contant, cuando al verle vestido á la antigua, y con la mas severa regularidad, esclamó soltando una gran carcajada: *¡Ah! qué ridículo!... ¡Tiene el aire de una estátua antigua!...* Estas palabras, al paso que honraban infinito al estudioso Talma, se convertian en una censura para los rutinarios actores, estacionados hasta aquel entonces en el círculo de la impropiedad arqueológica.

Isidoro Maiquez, despues de haber abandonado los telares de seda para presentarse en el teatro, en el cual se mostraba frio y no sabia espresar sus papeles sin embargo de que los entendia, se fué en 1799 á Paris, donde estudió á Talma con reflexiva paciencia en cuantos afectos componen la imitacion trágica, y los comentó y retuvo. Allí fué donde igualmente aprendió la propiedad en los trajes que tanto caracterizaba al célebre artista francés. Nada raro era ver antes de regresar Maiquez á su pátria al ilustre Caton, representado por ciertos cómicos (que en el dia se llamarian malamente *artistas*) con bata pintada de grandes follajes, y las cabellos esparcidos con estudio sobre las espaldas. ¿Qué estraño era que estos mismos cómicos, que se complacian en equivocar los caracteres históricos, representando cruel á Tito y clemente á Tiberio, cambiando los piadosos sentimientos del uno con la ferocidad del otro, nos ofrecieran una miscelánea de siglos y edades en un mismo traje?

Maiquez que conocia los defectos de los demás lo mismo que los suyos, no se olvidó de corregirse en una parte tan interesante, cual era la severa exactitud en el modo de vestirse, pues conoció la influencia que tenian los trajes para el mayor efecto teatral, y el concepto que formaba el público del grado de inteligencia de los actores que los descuidaban.

Un artista que merezca propiamente este nombre, en lugar de procurarse efímeros y pasageros triunfos que desaparecen luego que dejan de resonar en sus oidos los aplausos, debe conquistar una gloria mas sólida y que conserve hasta mas allá de la tumba, dejando un modelo de perfeccion á los venideros. El modo de consegnirlo no es solamente con la accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los estremos de ardor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia y demás afecciones del alma, sino que debe dedicarse al estudio de la historia antigua y contemporánea, para conocer los usos y costumbres de los diversos pueblos que en su artística carrera deba representar.—***



AMENA LITERATURA.

«Secretos espantosos y formidables, esperimentados, tan ciertos y tan evidentes que no pueden faltar jamás.»
QUEVEDO.

Lector carilucio, cariraido ó cariacontecido, segun y conforme cuadre á tu hermosura viril, á tu desverguenza ó á tu melancolía; has de saber que yo soy un licenciado, y como tal muy corrido en aulas, que podria además poner un precio á mis palabras si fuese tan codicioso como la numismacia del foro: y dígote esto porque estimes en mas lo luminoso y gratuito de mis consejos, que á no ser asi y pagármelos tú segun el arancel forense, que es mi arancel competente, te saldrian los pronombres á dos reales vellon, á tres los sustantivos, por ser ya cosa de mas sustancia, y unos con otros los epítetos, los verbos y los adverbios á franco cada uno, ó á peseta quizá, si Dios no lo remediara. Y aun habrias de abonarme un tantico de tu dinero por el trabajo y condimento de la puntuacion, que no debe un licenciado escribir una coma como esta, si no le dan ocho maravedis vellon por ella, ni mucho menos una interrogacion que es grande travesura caligráfica, ni muchísimo menos unos puntos suspensivos, que suelen ser por el efecto de la reticencia y de la visualidad que ofrecen un resorte mágico, espasmódico y todo preñado de inconmensurables honduras.....

Pero nada de eso, lector: quiero dar á mis cofrades los de la estameña negra un ejemplo de evangelismo, y allá van de balde mi tiempo, mis ideas, mi tinta, mi papel y mi pluma, por mas que si yo tratara de sacarte quintas esencias, podria decirte que esta última, mi pluma, es de un ánade negra y azul con visos tornasolados que costó veinte reales en el valle de Andorra.

Y cuenta que el ofrecerte yo una série de salutíferos consejos de esta monta, débolo muy especialmente á la compra de las obras de un tal D. Francisco Quevedo y Villegas, de quien hurté la idea, pues desde que un célebre personage de nuestros dias ha dicho que el *genio no roba sino conquista*, ando yo con muchos resoplidos y visages de génio, capáz de dejar en camisa al mismo Cervantes y aunque fuera á su hijo Rinconete.

Esto así, regálote pues un sistema mio de graves proposiciones y de soluciones sutilísimas que dejarán absorto tu entendimiento, ó lector carilucio, cariraido, ó cariacontecido, pues si fueras de otra especie no me dirijo á tí. Y en Dios y en mi ánima que no me acuses despues de pícaro socarron que se divierte como con una pelota con los deseos y las esperanzas del hombre, fuente de toda vida, pues yo soy muy dado á la conmiseracion del hombre y de sus deseos, y no consentiré de ningun modo que se burlen en sus barbas de él.

Proposiciones.

1.ª Para pretender por alto con buena fortuna.
2.ª Para recobrar la fama una vez perdida.
3.ª Para curarse radicalmente del mal de la tristeza que llaman hipocondría.
4.ª Para que tu esposa no te sea infiel.
5.ª Para parecer á toda hora de hermosísima figura.
6.ª Para hartar de desvergüenzas á un prójimo sin peligro ninguno.
7.ª Para saber á punto fijo si una muger te quiere.
8.ª Para que los estudiantes no pierdan sus cursos, sin necesidad de estudio ni de soborno.
9.ª Para que tus amigos no oigan ni hablen nunca mal de tí.
10.ª Para conseguir un empleo sin necesidad de beber los vientos.
11.ª Para vencer en todo duelo, aun cuando deba ir alguno al panteon.
12.ª Para no equivocar una cuenta ni en un solo maravedí.
13.ª Para ser marqués, conde, duque, ó lo que mas te acomode.
14.ª Para ser mejor poeta que todos los que te se pongan por delante.
15.ª Para casarse bien, si eres muger, en menos que canta un gallo.
16.ª Para no errar.
17.ª Para que tus amigos hablen de tus raras prendas.
18.ª Para que una muger frágil y pecadora sea estimada como modelo.
19.ª Para encontrar irremisiblemente la piedra filosofal.
20.ª Para saber el punto y hora en que has de morir.

Soluciones (1).

1.ª Vete por las buhardillas y azoteas, que son bastante altas, y pretende doncellas de por vida y viudas doceañistas, que todas son el amor mismo.

2.ª Compra una resma de papel de Tolosa, y obtendrás una fama pintada en la cubierta, azul ó encarnada, como mejor te pareciere. Elije la azul si eres noble y la encarnada si eres plebeyo.

3.ª Un pingüe empleo inamovible y una berlina como Dios manda.

4.ª Mátala y entiérrala y siéntate encima de su losa.

5.ª Lleva llena y abierta la bolsa, y es probado.

6.ª Que el prógimo sea cobarde y se las tragará á docenas.

7.ª Arroja tus riquezas al mar y ofrécele tu mano.

8.ª Administrense el le Roi con muchísima cautela, y asiéntense muy al justo sobre la boca de una redoma cuando se les mueva el vientre. Hecha esta operacion, tapen la redoma; y es probado que no perderán sus cursos.

9.ª Escógelos sordo-mudos de nacimiento.

10.ª Lleva la boca cerrada y es cosa cierta.

11.ª Si el pariente solloza, llora; si llora, grita; si grita, dale en rostro con una alferecía hasta convencer á todos los testigos de que tu pena por la pérdida del difunto, que se murió de viejo, es la mayor posible.

12.ª Sé mozo de la compra ó ventero ó ama de huéspedes, que asi desarrollarás un gran instinto aritmético.

13.ª Hazte cómico.

14.ª Colócate detrás de una hilera de pomposos alcornoques, y negro ha de ser tu sino si alguno de ellos te gana la palma.

15.ª Mata al gallo y no cantará, y busca tu novio con todo despacio.

16.ª No ser herrador, ó llámase zapatero de caballos, que es oficio villano.

17.ª Tómales prestadas gruesas sumas con ánimo de no devolvérselas, y si te exigen prendas de seguridad, dáles tu egecutoria de nobleza, tu palabra de honor y las mas corteses razones que sepas discurrir.

18.ª Que la ajusten en la academia de dibujo de San Fernando, y es probado.

19.ª Gasta alegremente tu pingüe patrimonio con tus amigos hasta arruinarte: cae entonces enfermo, y como pobre dá con tus huesos en el hospital: sucédate allí estar á las puertas de la muerte sin que ninguno de tus antiguos camaradas venga en tu socorro: y cuando por arte del diablo te hayas salvado del peligro y salgas convaleciente á dar un paseo por las afueras de la ciudad, siéntate á meditar en una piedra: mia fé si aquella piedra no es irremisiblemente la *piedra filosofal*.

20.ª Estupra, asesina ó roba en cuadrilla, y ya sabes que si te cogen y no atinas á vandearte con la curia, hay aquello de la sentencia de muerte y de los tres dias de capilla, que pueden hacer decir á cualquier hombre como al héroe de cierta comedia *«á mi me va á suceder algo»*

Réstame ahora, lector carilucio, cariraido ó cariacontecido, encomendarte el mayor secreto sobre todas y cada una de estas importantísimas verdades, que es grave para la honra de un señor licenciado que se diga de él que enseñó á los estudiantes á no perder sus cursos, sin necesidad

(1) Las proposiciones y soluciones se corresponden por un mismo número.

de vigilias, lo cual lastima el alto principio de la enseñanza pública: que dió idea sobre el fácil modo con que se puede cobrar la fama perdida, siendo asi que hasta ahora se ha creido ser esto materia dificilísima sino imposible; creencia que debe robustecerse en pro de la buena moral de las sociedades. Calla por tu vida si estimas en algo tu sosiego, que conoces el arte de pretender por alto con buena fortuna y sin beber los vientos tras el ministro, pues lloverán sobre tí todos los pretendientes asiduos, ágiles, vertiginosos y cobalísticos de la corte. Chito sobre aquello de hartar á mansalva de desvergüenza y de vencer en los duelos de muerte, que puedes hacer que la villa se convierta en una Babel de insultos y de estocadas. Guay de que se descubra la clave de ser á placer marqués, conde ó duque, que no ha gastado la revolucion en los corazones de nuestros compatricios el orgulloso deseo de las coronas tripuntas y de los veros azules. Silencio por la virgen de la O, lector cariacontecido, en lo de ser un poeta mejor que todos los demás, porque eso es imposible, y habrá chismes, pellizcos y arañazos horrendos.... y cuenta, cuenta con que guardes en el fondo de tu pecho lo de la muger pecadora que conserva para el mundo su apariencia de modelo de virtud, que las mugeres son cándidas y nada saben de esto, y abrirán los ojos y se harán hipócritas. Solo te consiento con la sana intencion de que calmes las inquietudes amatorias, que des á conocer el medio por el cual los hombres pueden saber á punto fijo si son queridos, que reveles el secreto del no errar, el de la piedra filosofal, y el de la hora en que se ha de morir, pues creo que estos cuatro puntos cardinales, sériamente resueltos, bastan para que el pobre corazon humano no suspire con amargura y sea feliz por los siglos. Amen.

Licenciado.—Gabriel de Estrella.



UN VIAJE Á ESCOTE.



EINTE años contaba, dia mas ó menos, cuando tuvo lugar la escena que sabrá el lector que se revista de paciencia para concluir este artículo. Me acuerdo, como si ayer hubiese pasado. Acababa de ser barbero de mi mismo, porque no estará demás advertir de paso, que soy uno de los desgraciados que sufren la calamidad de las barbas; y embozado en mi historiada bata, que equivale á decir, que me hallaba enmedio de una casa de fieras y cercado por ellas, (este *ellas* no son por esta vez las mugeres) segun las que tenia estampadas la tela; me disponia á embaular unas cuantas magras de jamon con tomate por via de almuerzo, vulgo desayuno, cuando llegó á visitarme un amigo, digo mal, un conocido, porque en este siglo de las luces de gas, y de tantas clases de gases, se necesita un buen reberbero para encontrar un mediano amigo, dándome con cierta alegria, capaz de compararla á la de un cesante de los presentes tiempos el dia de paga, la noticia de que mi número 961 estaba premiado con 10,000 duros.

Confieso en Dios y en mi ánima que desde aquel instante ya no sabia lo que hacer con tanto dinero, y eso que he visto mucho mas sobre el mostrador del Banco de S. Fernando en Madrid, y que me suponia á lo menos con tanta disposicion como cualquiera otro prójimo para gastarlo. Por de pronto, dispuse almorzar en la pasteleria suiza de Herman, convidando por supuesto al que se cuidó de felicitarme de una manera tan satisfactoria; y luégo que salí á la calle, repartí limosnas á cuantos pobres tropecé al paso, y á los que procuraron tropezar conmigo; me suscribí á todos los periódicos de la capital; me aboné en el teatro por dos lunetas, una para mi flaca humanidad, con lo cual quiero indicar que soy débil y poco gordo, y otra para el baston, el sombrero y los gemelos; ofrecí tres dotes respetables á otras tantas ciudadanas á quienes debia yo favores; cinco mil reales á la Inclusa, establecimiento de que nunca debo uno olvidarse; mandé á mi sastre que á fuerza de ropa me convirtiera en un *leon*, en un *fashionable*; y por último, satisfecha mi conciencia por haber sabido emplear el dia en comer, contar dinero, y gastarlo, á las doce de la noche me volví á mis reales con el propósito de viajar.

Si señor, los viajes son bastante útiles, porque en ellos se desbasta ó acepilla el hombre: logra conocimientos prácticos que no alcanzaria á poseer por medio de los libros en su gabinete, y al cabo de sus correrias, vuelve al pueblo que le vió nacer sano y salvo, ó no vuelve nunca, ó vuelve plagado de males, pero siquiera ha comprado el imprescriptible derecho de darse importancia, y de menospreciar todo lo de su pais, comparándole á lo que haya visto en extraños climas.

Determinado ya á emprender mi viaje, dispuse que fuera á Madrid, por ser la única carretera que se puede atravesar en España, sin llevar el *credo* en los labios, pero quise hacerlo en carruage propio, aunque con bestias alquiladas, y me asaltó la idea de buscar compañero, á la inglesa, esto es á partir gastos; mas para tenerlo, era indispensable buscarlo y para buscarlo, discurrir el medio! Aqui de un golpe oportuno. A las ocho de la mañana siguiente, leia yo en el *Diario de Sevilla*, periódico poco sustancial, pero es el que siempre ha contado mayor número de suscritores, el siguiente aviso:

VIAJE Á ESCOTE.

«Un caballero afortunado acaba de comprar una «carretela y sale para la corte mañana á las doce «del dia. Desea encontrar compañero de uno ú otro «sexo, y aun prefiere al hermoso, partiendo á escote «los gastos. El que guste pasear con comodidad da-«rá aviso en la redaccion de este periódico, y «se hallará á la hora señalada en la *Alcantari-«lla de las Madejas*.»

Aun no eran las ocho y veinte y cinco minutos y ya tenia *un ad latere* para Madrid. Erase una señora, como de veinte á veinte y cuatro abriles, carilarga, pálida, con cabello negro, con mas vientre que cuerpo, y con una nariz semejante al palo trinquete de un falucho, ó cual nos la describió en un chistoso soneto, el oportuno Quevedo. Nos convinimos, despues de haberme contado en dos horas mortales toda su vida y milagros, y yo me encargué de sacar los pasaportes.

Llegó el momento decisivo, y cuando las altas campanas de la Giralda daban la señal, mi carretela atravesaba por bajo de los arcos del acueducto y se clavaba encima de la *alcantarilla* que antes indicamos; pero mi compañera no parecia, ni se divisaba tampoco, y desde este momento comenzó mi martirologio. Por fin apareció cerca de las doce y media, y montamos, primero ella, despues yo, asi lo exige la etiqueta, mas con grande sorpresa mia subió tras mi otra ciudadana, de quien nada habiamos hablado, y que se coló como trasquilado por iglesia. Blanca como el chocolate, blanda de ojos tanto como de condicion, rechoncha mas que su ama y de doble edad que esta, érase la criada un verdadero mascaron para un biombo. Apetecia yo una compañera y ya tenia dos... Francamente, eran muchas mugeres para mi, y casi nada me faltaba para rabiar.

Ay! no hay virtud mas recomendable que la resignacion, cuando no puede hacerse otra cosa: y yo por eso me resigné en este trance. Recordé que los pasaportes hablaban de dos personas, mas no de tres y un falderillo; pero tuve tambien presente que en esta nacion hace cada uno lo que le da la gana de las leyes y reglamentos; y por último, que si hallábamos algun tropiezo, me despojarian quizás del tropiezo de aquella huespeda doméstica, que era mueble de no poco estorvo para cualquiera proyecto...

El cochero soltó un par de latigazos oportunos, y salimos en posta para la coronada villa: al llegar á la Cruz del Campo, la joven lanzó un grito aterrador.

—Qué es eso, señorita? la pregunté con cierta dósis de susto.

=Qué ha de ser, caballero! Una friolera! He olvidado el ridículo con el dinero para el viaje, y varias alhajas.

=Eh! cochero! alto! alto!

No habia remedio: era preciso volver á la ciudad; qué digo? á la calle ancha de la Féria, para recojer lo mas indispensable: mandar al zagal del carruaje, no era conveniente mediando dinero y alhajas: que fuera la huéspeda, algo impolitico, y además hubiera sido perder la paciencia, porque ella apenas podia andar de puro obesa, y el maldito faldero ladraba espantosamente, asi que lo soltaba de las faldas; de forma, que me resigné á evacuar por mi mismo la comision.

Bañado en copioso sudor y rendido de pies, llegué luego al carruage, encontrándome ocupado mi sitio en el testero por la doméstica, que alguna traza se daba á la tia Marizápalos. Mordíme los labios para poder callar, puesto que dice el adagio «que la mejor palabra es la que se calla», me puse de espalda al pescante, y en Alcalá, primera casa de postas, acepté un asiento entre el cochero y el zagal, para poder llegar con ropa á la corte, segun que dentro se habia empeñado el perrito en destrozármela toda á fuerza de mordizcos, y sus amas en hacerme renegar hasta de los acompañamientos de las comedias.

En Carmona, asi que llegamos á la terrible cuesta, que tan cara ha sido para tantos pasageros, las señoras se empeñaron en bajarse, y tuve que resignarme á llevar largo trecho del brazo á ambas estantiguas. En Ecija, quisieron visitar no sé que convento de monjas y comprarles unos alfajores muy ricos, eso sí, como todos los que se hacen en la ciudad que tiene el Sol por armas, cuyo gasto me encargaron lo sentase en cuenta. En Córdoba, que las acompañase á ver la catedral, cuya compaña me costó algunos reales. En Andujar, otra detencion para que la criada hablase con el novio, que era un sargento que estaba alli de partida. En Bailen, me preguntaron qué batalla ó revolucion habia dado celebridad á dicho pueblo; y yo, aunque poco versado en historia ni en geografia, por ser cosas que no se enseñan ni se aprenden en el presente siglo convencidos cual lo estamos los españoles, de que no caben en nuestro nuevo «*Arte de hacer fortuna*;» les demostré cuanto sabia sobre el particular, y lo mismo hice al acercarnos á Ocaña, campos testigos de encarnizados combates entre individuos de naciones distintas. En Manzanares, me declaró la señorita tenia *antojo* por conocer á la célebre ciega de aquel pueblo; poetisa admirable á juzgar por su facilidad en improvisar con bastante tino, y sin instruccion de ninguna especie; y á la verdad, la palabra *antojo* me puso en alarma, y comencé á sospechar si seria viudita mi compañera, ó casada de estos tiempos. Sobre el puente colgante de Aranjuez estuve á punto de ser preso por llevar una muger mas de lo que rezaban los pasaportes, y creyóse la justicia que era la que habia desaparecido de su casa el dia anterior y que buscaban con empeño; mas por fortuna las señas eran trocadas.

A todo esto proseguia yo en la delantera, tragando polvo, helado de frio y cubierto de nieve, y á cada cuarto de hora sufriendo estas impertinencias:

—Caballero, que paren, porque tengo cierta precision...

=Caballero, en llegando á ese pueblo, necesito tomar una taza de café.

=Caballero, que el *Titi* está inquieto, y como es tan asceado....

=Caballero, es preciso parar, porque nos mareamos.

=Caballero, la señorita tiene capricho por cojer aquel gusano de luz.

—Caballero, no tan de prisa que los caballos se desbocan.

=Cochero! por Dios, ese barranco.

—Caballero, serán ladrones aquellos hombres?

Teniendo que añadir á las dichas la de pagar por tres en las posadas; esperarlas tres horas diarias para que se peinasen; y servirlas á la



mesa. A los quince dias de correr la posta, llegamos á divisar las agujas latinas de las torres de Madrid, habiendo yo mudado de color en el camino, pues salí blanco de las orillas del Bétis y arribé prieto, como un Cubano, á las del Manzanares, despues de haber corrido muchos naufragios por los anchos mares de la Mancha. Y despues de todo ¿se figuran mis lectores que recobré los napoleones que iba derramando por esta travesía? ¿Que volví á ver á mis compañeras de glorias y fatigas en la capital de Castilla la Nueva? Cuando me acerqué á la callle de la Montera núm. 200 cuarto 1.° bajando del cielo, que eran las señas que me dieron al despedirnos, recibí la dulce sorpresa de saber que mis amiguitas habian partido á las dos horas en la diligencia de Valencia. Una y no mas! dije para mi sayo, no volveré á hacer en mi vida ningun *viaje á escote!*

Manuel Maria del Campo.

LA LIRA DEL BETIS.

A EMILIA.

Suáve tinta de luciente grana
El cielo azul colora,
Brilla entre flores plácida mañana
Que el sereno raudal del Bétis dora.
Brota la márgen del excelso rio
Dulcísimos olores,
Esmaltando las gotas del rocío
Los hermosos matices de las flores.
En el sombroso bosque y perfumado
Gayo jilguero trina,
Y al aura el ruiseñor enamorado
Suelta su cantilena matutina.
Céfiro blando y de fragancia lleno
El alto chopo mueve
Y en las tranquilas ondas con sereno
Batir resuena y con murmurio leve.
En su trono de nácar y de rosa
La primavera ufana
Vibra do quier sus ráfagas hermosas
Y el sonreir amor su labio mana.
Cércanla en vago y caprichoso giro
Mil mariposas bellas;
Nace el aura sutil de su suspiro
Y el clavel y el jazmin son sus estrellas.
Enmedio tanta pompa y donosura
Tu faz, Elia, me encanta;
Vences al prado en gala y hermosura
Y haces brotar los lirios con tu planta.
Mi deseado bien, para tí el valle
Espira suave aroma;
Hechizas los sentidos con tu talle
Y con tus labios donde amor asoma.
Para tí su concierto peregrino
La selva deliciosa
Forma del ave con el dulce trino
Y el rumor de la brisa silenciosa.
Para tí su agradable fresca sombra
Tiene el álamo altivo,
Y teje para tí su blanda alfombra
Mullido césped con su esmalte vivo.
Para tí con serenas claras olas
Murmura el arroyuelo
En su márgen ceñido de amapolas
Y luce para tí su manto el cielo.
Para tí vierte luces el oriente
Y el otero frescura,
Y en la tarde el crepúsculo fulgente
El éter baña con su lumbre pura.
Y cuando la callada noche llega,
Misteriosa Diana
Con luz argéntea los espacios riega
Imitando el albor de la mañana.
Entonces ¡cuán serena el alma mia,
Mi gloria, te contempla,
Y en deliciosa calma y alegría
Su profundo dolor contigo templa!
Entonces, ¡ay! con amorosa lira
Turbé el grato reposo,
Y ciego amante que por tí delira
Te dije mi pasion, ángel hermoso.
Escucha, sí, de mi laud los sones;
Tuyos son, ¡ay! mis versos,
Eres un mar de gratas ilusiones,
Norte y estrellas son tus ojos tersos.
Pendiente de tus labios celestiales
Mi ventura apuraba
Y entre los frescos sauces y rosales
El aura tus acentos remedaba.
Púdico ardor tu frente sonrosea...
Ah! mi dicha bendigo!
Mi pecho otra ventura no desea
Que de inocente amor gozar contigo.
No empañen, no, tu frente nacarada
Los hombres con su aliento,
Sé solo para mí, prenda adorada,
Mi único bien, mi celestial contento.
Nunca tu rostro luminar del dia
Tristes lágrimas bañen;
Que aunque perlas serán que Ofir no cria,
Temo, mi amor, que tu beldad empañen.
Si contempláran tus hechizos, Elia,
Tu gracia seductora,
Ni enamorara Tibulo á su Delia
Ni Petrarca á su Laura encantadora.
Tus regalados cándidos amores
Serán mi gloria eterna,
Y la envidia seré de los cantores
Tu beldad ensalzando en trova tierna.

JUAN JOSÉ BUENO.

Sevilla 1843.

A la Señora de mi amigo D. J. Ferrer.
(en su album).

Por si no me has conocido,
(y aunque mi audacia reproches,)
que soy, diré al oido,
quien te halló con tu marido
hace poquísimas noches.

—

Era una noche de lobos
de esas cerradas y oscuras
que segun el padre Cobos,
tapan al ladron sus robos
y al galan sus aventuras.
Yo, embozado á lo maton,
iba con priesa y afan
bien sereno el corazon,
sin las ansias del ladron,
ni la avidéz del galan;
Cuando, al fulgor de una estrella
que en la oscuridad lucia,
columbrar pude á una bella
y á un galan que iba con ella
en amante compañía.
«Ay de los que *solos* vamos!
dije, mirando su talle,
(de ella, no del;) mal estamos.
los que solitos cruzamos
este de lágrimas valle.»
«Cuán de piedad, dignos somos,
los que sin una, perdemos,
muger, que nos haya momos,
los dulces, de amor, asomos,
los dulces, de amor, estremos!»
Y no de entenderme trates
tan confusa locucion
porque anudando dislates,
en una suelen los vates,
perderse, transposicion.
Ni se ofenda tu beldad
en estas coplas, de su
franca familiaridad...
que los vates de esta edad
hablan á Cristo de tú.

—

Conducido por la estrella
que en la oscuridad lucia,
yo pasé junto á la bella,
y el galan que iba con ella
en amante compañía.
Lleno de envidia feróz,
comencé á correr sin tino
y en mi carrera velóz
díjome, al paso, una voz:
«vaya con Dios, Florentino.»
Quise á entrambos conocer,
y vi, con gusto, por Dios,
que el galan era Ferrer,
y la dama su muger,
que iban del brazo los dos.
Y ¡ay de los que *solos* vamos!
repetí viendo su talle,
(de ella no del;) mal estamos
los que *solitos* cruzamos
este de lágrimas valle.»
«Cuán, de piedad, dignos somos
los que, sin una, perdemos,
muger, que nos haya momos,
los dulces, de amor, asomos,
los dulces, de amor, estremos!»
Tal envidia hubo de darme,
solo y sin muger al verme,
que determiné casarme,
para no mas constiparme
como quien *solito* duerme.
Y al despedirme cortés
de aquel gentil matrimonio,
dije contrito despues:
ó me caso en este mes,
ó vendo el alma al demonio.
Rabiando me entré en chirona
y en tan hondísima pena,
con voz aguda y chillona
mandé al punto á la patrona
que me sirviese la cena.
Y con vino y ensalada,
sin mas coles ni bambolla,
tierna, gordita y dorada,
trajo una perdiz asada!..
vive Dios que era cebolla!
Y al tocarme en la nariz,
murmuré trinchando en pos:
con mujer y otra perdiz
pudiera esclamar feliz:
—¡*Para dos perdices, dos*!
Desde entonces ay! no duermo
siempre pensando en casarme,
hecho estoy un estafermo,...
Yo no sé si estoy enfermo,
pero... no peso un adarme.
Adios, niña encantadora,
que feliz os haga Dios!
yo... me caso sin demora...
—¿Teneis hermanas, señora,
que se parezcan á vos?...

EULOGIO FLORENTINO SANZ.



NENA, LA BAILARINA.

El público madrileño acaba de aplaudir extraordinariamente en el teatro de la *Cruz* á la acreditada bailarina, conocida por el sobrenombre de *Nena;* y en verdad que doña Manuela Perea, merece un puesto entre las notabilidades coreográficas del extrangero. Cuando en 1845 trabajó en uno de los coliseos de Londres, alcanzó grandes distinciones, y que la prensa toda de aquella vasta capital la celebrára. Entre las composiciones que entonces se publicaron, se cuenta la del ilustre Lord Francis Egerton, que los redactores del *Teatro*, periódico de Madrid, han traducido ahora, apropósito de la presentacion de dicha baila-

rina, y cuya traduccion insertamos nosotros con gusto, en obsequio al mérito de nuestra paisana. Dice así:

Aun una vez mas se balancea mi áncora sobre el piélago salado; pero hacia que costa surco el Occéano?—Sevilla! flor de las comarcas de España, una hoja del álbum de la memoria será tuya.

—

Y tú, dulce Nena, cuando yo trace esta página, con infinitos contornos de fantástica gracia, con moriscos arcos y alicatados adornos, vendrás á ocupar tu lugar, con tu rostro hermoso y acabada gentileza.

—

Si los antiguos sabios dieron con razon al baile el nombre de poesía del movimiento, no quiero yo otra Lesbos que Sevilla, ni mas hermosa Sapho que tu, bellísima niña.

—

Aun no ha tocado el tiempo hora alguna para tu oido juvenil, que no fuera la alegre guitarra ó la traviesa castañuela; ni al aliento de ningun amante se ha estremecido el cándido jazmin, que cubre tus trenzas de azabache andaluz.

—

¡Oh! pueda algun silfo celestial guardar todavia esa flor, y, con la lanza de Ithuriel negar la entrada del oido virginal á todo lo que no sea verdadero y honrado amor.

—

Asi como España no es lo que era, asi tú no eres lo que podrias ser. Esos ojos, mitad rocio y mitad fuego, no pueden provocar sino algun tono músico mas dulce, ó inspirar la musa de algun peregrino desconocido como yo.

—

Pero fué un tiempo en que encantos como los tuyos hubieran levantado el corazon no á coronas pasageras, sino á heróicos triunfos de guerra.

—

Y cuando una mirada de aprobacion, como las tuyas, le esperaban á uno á la vuelta; muchas ciudades han sido puestas á saco y muchos Emires han muerto. Y á pies, acaso menos pulidos y ligeros que los de la Nena, han pasado los despojos de los vencidos infelices.



ENTREACTO.

EL PODER DE LA MISERIA.

—

¡Cuántas veces, luego que nuestras ocupaciones nos permiten entregarnos á la reflexion, hemos meditado sobre la triste suerte que ha cabido en el mundo, al que cargado de familia se encuentra sin recursos para mantenerla! ¡Cuántas desde el retiro de nuestro gabinete hemos ido trayendo á la memoria las penalidades que nos contára en la calle un importuno, de esos que no concluyen su relato sin que echemos mano al bolsillo para apurar la última moneda, ó la única acaso con que contáramos para cubrir una exijencia! ¡Cómo si con aquel socorro se apagase la sed inmensa de sus necesidades! ¡Como si la afliccion y las privaciones de hoy no volvieran á reproducirse mañana, y cada instante que marca la péndola del reloj de su vida, no recibiera una amarga herida en su corazon!

Y cuando despues de haber recorrido con la vista el cuadro desconsolador que nos presenta el mísero hogar del necesitado, á donde el alma padece, y se apagan todas las ilusiones mundanas; queremos establecer un contraste con la magnificencia del de los ricos; con esos salones fastuosos en que se hace alarde del poder de la vanidad, y en los que el oro, y los esmaltes deslumbran y fascinan; no podemos dejar de bendecir al cielo, porque concede á los primeros la resignacion suficiente para ir consumiendo su existencia, tan duramente combatida por los rigores de la miseria, y por el espectáculo de grandeza con que á cada momento estarán sus ojos batallando.

Pero entre los dias terribles para el pobre, los del invierno deben serle insoportables. A las privaciones habituales se añaden otros sufrimientos crueles: los de la estacion rigorosa, cuando la nieve vá cubriendo los campos, y se oculta el verde follaje de los árboles bajo el grave peso de aquel blanquísimo rocio. Entonces ha llegado para el poderoso la época de los placeres, tal vez la de sus disoluciones, y al abrigo de sus doradas chimeneas, deja correr los importunos vientos, y las no menos molestas lluvias, creyéndose en una fértil primavera.... Mientras que el infeliz, padre de una larga descendencia, sin tener alimento que llevarles á la boca, ni en su desnudéz encuentra un trozo de leña con que dar calor á sus helados miembros...! Oh! qué de lágrimas arrancadas por la miseria! qué de sollozos escapados en la lobreguéz de su misterioso asilo! qué agonia, la agonia de su desesperacion! cuántos malos pensamientos sugeridos por la necesidad!

A propósito de esto último, vamos á referir á nuestros lectores una sencilla historia, que tiene algo de moral, y cuya escena pasa en Sevilla, en esta ciudad donde la naturaleza nos ofrece acaso mas que en ninguna otra, ese fatal contraste que indicamos ligeramente.

Para aquellos de nuestros lectores que nunca hayan visitado la capital de las Andalucías, ni leido al menos las breves páginas en que la describa cualquiera de los diccionarios geográficos, que mas ó menos exactos en su narracion tenemos en España; bueno será advertirles que se halla amurallada desde el tiempo de Julio César, y que cuenta varios barrios extramuros que tienen nombres especiales, y alguno de ellos el del principal oficio ó profesion de sus moradores. Hablamos ahora del de la *Carreteria*.

Alonso B... era un pobre oficial de tonelero, muy honrado y laborioso, y por lo tanto sus compañeros se complacian en disfrutar de su franca amistad. Mas desgraciado que lo que debiera serlo en el mundo el hombre de bien, perdió su dulce mitad por una muerte repentina, quedándole dos hijos; Eduardo de edad de doce años, y Luisa de once.

Aunque privado de los desvelos de su difunta esposa, Alonso, calmada un poco su pena, no encontraba ningun trastorno en sus bienes ni en su sistema de vida, porque levantándose bien de mañana aquellos dos niños, se les veia aplicarse, el uno en dar cumplimiento á los recados de su padre, y la otra en los quehaceres de la casa: de esta suerte, por corto que fuera el jornal, les bastaba para ir pasando.

Pero comenzó el invierno de 183... con sus rigores y sus hielos, y le acometió al padre una aguda terciana, que de dia en dia apagaba sus fuerzas y apuraba los pocos ahorros del verano; y viose, pues, imposibilitado de trabajar, y lo que era peor, no le daban esperanza de que podria hacerlo en mucho tiempo.

Sabida es por desgracia la situacion angustiosa á que se ven reducidos nuestros jornaleros cuando el trabajo escasea; en esta nacion donde ninguna de las infinitas asociaciones que se inauguran todos los dias ha pensado en aliviar á esta clase, procurándola algun socorro en su infortunio.

La miseria se introdujo en la habitacion de Alonso, y este vendiendo uno por uno los muebles que pertenecian á su ajuar, mientras los tuvo, no le faltaron medicinas, ni alimento para sus hijos: pero apurados los recursos, se halló en la precision de enagenar sus vestidos, y tomar por ellos lo que quiso ofrecerles un usurero. Entonces llegó la hora de desconsuelo para Eduardo y Luisa, que sin dejar de prodigarle al padre todo género de cuidados, no podian contemplar mas que con lágrimas en los ojos el cuadro de su desdicha, bien que estas lágrimas las ocultaban siempre al paciente.

Inspirados sin duda por idénticos sentimientos, concibieron un medio para salir de apuros: el lanzarse á la calle luego que oscureciese, para implorar la caridad pública, preparándolo todo de manera que no llegase á conocimiento de su padre. El plan de estos niños produjo buen efecto, pues apenas recorrieron un trozo de la ciudad, por calles en que no los conocian, volvieron á casa y entregaron á Alonso B... el fruto de su peregrinacion, diciéndole que lo habian recibido de unas manos caritativas.

Dos ó tres dias se socorrió la familia con este falso pretesto, y aquellos niños no cesaban de dar gracias á Dios por su determinacion: mas como hay fatalidades inesplicables en el mundo, las limosnas cesaron despues; las puertas que encontraban abiertas para escuchar su plegaria, estaban ya cerradas, y una noche volvieron á casa sin traer al enfermo ningun socorro, y ocultánle su rabiosa desesperacion.

Rechazados por todos, y resentido el tierno corazon de Eduardo por los epitetos injuriosos que le dirigian, tomó una resolucion atrevida que solo podia disculparse teniendo en cuenta su desgracia.

Mira, le dijo al otro dia á su hermana, hoy no nos quedaremos con hambre......

Y Luisa tembló al oirle estas palabras; tan puros y sencillos eran los sentimientos de su alma.

—Has visto aquel estante de cristales pintado de verde, que colocan lleno de pan á la puerta del último almacen de la calle Dados?

—Oh! pero eso seria robar, hermano......

—Yo conozco que el robar será un pecado grande, mas nuestro padre se muere de necesidad ¿lo oyes, Luisa? y nos quiere mucho para que lo dejemos espirar sin traerle algun alimento.

—Infeliz! esclamó ella medio balbuciente ¿sabes que al que roba lo llevan á la cárcel?

—Tanto mejor, pues entonces habrá en casa uno menos que haga gasto: yo diré en voz alta que mi padre se muere, y que pagaremos el daño causado, cuando vuelva á trabajar. Tu vendrás á mi lado, recojerás de mi mano la presa, y echarás á huir inmediatamente.

Luisa lloraba sin consuelo y sin articular una palabra.

—Vamos, no te aflijas, hermanita, abrázame y ten valor. Y al punto se estrecharon con la efusion mas tierna.

Aquella tarde á la hora de costumbre verificaron su salida y Eduardo realizó su pensamiento, sacando unos panes del estante, á favor de cierto descuido del dueño, se los dió á la hermana y esta desaparecció antes de que fijaran en ella la atencion.

Pero á las voces del dueño que notó en seguida la falta, acudieron los curiosos y detuvieron á Eduardo que ya se preparaba inocentemente á huir. ¿Y cual no seria su sorpresa, viendo entrar á Luisa muy agitada en el almacen, y entregando los panes, se declaró la autora de aquella sustraccion? Qué escena tan tierna, aquella en que ambos hermanos se disputaban una accion reprensible con igual calor y vehemencia!

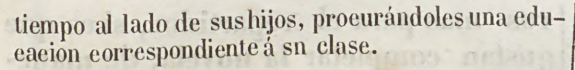
Como era de suponer, la indignacion momentánea de los circunstantes, trocose al punto en compasion: la causa de la inocencia alcanzó su prestigio, y un gran número de adeptos, y los que comenzaron por ser enemigos, concluyeron siendo ardientes defensores.

El representante de la ley jamás defiende su puesto con mas orgullo que cuando proteje al desgraciado, y su destino es entonces envidiable. Por eso solicitó la libertad de los niños, y se propuso abrir una suscricion para socorrer la infelicidad de Alonso B....

En breve la casa del tonelero, hollada hasta aquel dia por la fatalidad, se vió concurrida por las almas generosas que acudian á aliviar las necesidades del honrado artesano, que merced á estas obras caritativas recobró su salud, y vivió largo

tiempo al lado de sus hijos, procurándoles una educacion correspondiente á su clase.

M. M. del Campo.





HISTORIA DE ESPAÑA.

EPISODIO DEL REINADO DE D. PEDRO EL CRUEL.

(Continuacion.)



L Mensajero entró, y puso en manos de D. Pedro un pliego cerrado, retirándose en seguida á una leve insinuacion del Monarca.

—Juan Fernandez, dice este, leedme ese pliego, que el corazon me dice nos ha de traer buenas nuevas.

En efecto, los presentimientos del Rey salieron ciertos, porque en aquel escrito se comunicaba la plausible noticia de que el Consejo de Sevilla habia salido con un buen golpe de gente contra los rebeldes, á los que habia derrotado junto al rio candon entre los pueblos de Beas y Trigueros, cogiendo prisionero á D. Juan de la Cerda que los capitaneaba.

=La fortuna nos sonrie por todas partes, dijo D. Pedro y no ha sido este acontecimiento mala leccion para el Aragonés; pero es preciso hacer entender á los que piensen imitar á los de Andalucia, cuanto es lo que en la empresa aventuran. Estended la órden para que inmediatamente se quite la vida á D. Juan de la Cerda.

Hinestrosa escribió algunos renglones á los que el Rey añadió su firma; llamóse despues al Ballestero Rodrigo Perez de Castro y se le entregó aquel escrito diciéndole D. Pedro.

=Partid á Sevilla con la velocidad del rayo y decid al Gobernador que del fiel cumplimiento de lo que se le ordena, responderá con su cabeza.

Sin duda, continuó el Rey luego que hubo desaparecido el Ballestero, que mis calumniadores no dejarán de acriminarme esta sentencia; pero no importa: he ejercido un acto de justicia, y mi conciencia está tranquila.

II.

Dos horas habian transcurrido desde los sucesos que acabamos de referir. El Rey D. Pedro despues de haber dado audiencia á los caudillos que aquel dia llegaron á Tarazona, disponíase para salir contra el Conde de Trastamara, que con algunos de sus parciales se hallaba en Borja, cuando fué avisado de que una señora, acompañada de un escudero y una doncella pedia con instancias hablarle.

=Dejadla entrar, dijo; y pasado un momento, apareció en la real cámara D.ª Maria Fernandez Coronel.

=¡Vos aqui, señora! esclamó el Rey lleno de asombro y pareciéndole estar soñando.

D.ª Maria derramando un torrente de lágrimas, se arrojó á los pies de D. Pedro diciendo entre sollozos:

=¡Piedad, señor, perdon para mi esposo!

=Alzad, señora; vuestro esposo no merece perdon; sus crimenes han llenado la medida de mi sufrimiento, y hasta mengua fuera de mi autoridad dejarlos de nuevo impunes. Alzad, repito, y no prosigais en tal demanda.

=No, no es posible que consintais en que yo muera de dolor aqui mismo; vos tan generoso y tan benigno para con otros, no usareis conmigo de tan estremado rigor.

=Señora.

—Tened compasion de mi; tenedla de mi inocente hija.

Y en el angelical rostro de D.ª Maria se veia retratado el mas profundo dolor.

El rey no pudo resistir por mas tiempo la angustia que padecia aquella señora, que despedazaba tambien su corazon. Tomó la pluma, trazó rápidamente algunos caractéres y entregándolos á Doña Maria, la dijo:

=Tomad, señora; ahí teneis el perdon de vuestro esposo; sé que mientras él viva, no está segura la corona sobre mis sienes; apreciad, pues, todo el valor del sacrificio que os hago.

(*Se concluirá.*)

VARIEDADES.

Sabemos que á la Sra. Doña Cristina Villó se la ofrece un ajuste ventajosísimo para el extrangero, luego que haya cumplido en Sevilla su escritura. Tanto como nos alegrariamos de su buena suerte, y de que luciera sus méritos artísticos donde todavia solo la conocen de nombre, sentiriamos su pérdida por algun tiempo de la escena sevillana, en la cual cada dia obtiene nuevos triunfos.

—

S. M. la Reina ha premiado á los artistas que han tomado parte en la ópera *Ildegonda*, composicion del Sr. Arrieta, en esta forma:

Una pulsera y cruz de diamantes á la Sra. Lema de Vega.

Una botonadura de diamantes para chaleco, al Sr. Reguer.

Dos botones de brillantes para camisa y una cadena de reloj, al Sr. Castells.

Un aderezo de oro esmaltado de verde y adornado con brillantes, á la señorita Isturiz.

Botones de brillantes para camisas á los Sres. Calvet, Ijosa, y Barbieri.

Reservándose obsequiar á las señoritas de los coros y á la orquesta.

—

Ha obtenido en Madrid completo éxito en el *Teatro Español*, la tragedia bíblica *Saul*, de la Sra. Avellanada, que fué llamada á la escena. En el mismo teatro se preparan *La hipocresia del vicio*, comedia original de D. Manuel Breton de los Herreros, y un drama de D. Eusebio Asquerino.

—

En el teatro del *Instituto* de Madrid se ha presentado una comedia titulada *El comunismo*.

=

Con grande aparato escénico vá á estrenarse en el teatro de la *Cruz* el drama *La Campanilla del Diablo*, para beneficio de la Sra. Carrasco, la cual desempeñará el papel de Satanás.

—

Segun leemos en el periódico *El Teatro*, á consecuencia de las noticias que llegaron á Madrid de la quiebra de la empresa del teatro de S. Fernando, hizo la del *Drama* proposiciones para ajuste á actores principales de nuestro coliseo. No sabemos el grado de certeza de esta noticia.

—

Se atribuye al novel escritor madrileño Fernan Caballero, la produccion dramática titulada: *¿Quién es ella?*

—

La Sra. Cattinari se prepara á hacer su primera salida en la siempre aplaudida ópera *Gemma de Vergi*, y se aguarda con impaciencia esta funcion.



SEMANA TEATRAL.

==

Teatro de S. Fernando.=(*Concluye la crítica del tio Caniyitas.*)=*Los majos de la viña de Cadiz.*—(*baile.*)=*María de Rohan.*=*Il retorno de Columella.*—*La Farsa.*=*Es un angel.*—*Una noche á la intemperie.*—

Teatro Principal.=*El Barbero de Sevilla.*=*Los zelos infundados.*=*Trapisondas por bondad.* =*El Arte de hacer fortuna.*

Teniendo presente lo complicadas que son las piezas del acto 1.° para ciertos actores que no tienen pretension de cantantes, diremos, que la Sra. Revilla, tímida en todas las representaciones de este género, cuanto graciosa siempre en las tablas, luchaba con la dificultad de estar alta la ópera para su voz, y su desafinacion era irremediable la primera noche; no asi en la segunda, que evitado el escollo, se lució bastante. El Sr. Carrion en su *ária*, perfectamente escrita, entendida y cantada, arrancó grandes aplausos, compartidos despues con *Catana* (Sra. Revilla) en el lindo duo del acto 2.°, que se ha repetido ambas noches. El Sr. Becerra, comprendió y dijo bien su parte de inglés, principalmente en el *ária* cuya *cavaleta* es una de nuestras canciones antiguas mas conocidas. El Sr. Cejudo, en su cancion de saludo al inglés, estuvo feliz, y su canto es uno de los que caracterizaban con mayor verdad, el del jitano. Los coros han ayudado al buen éxito de la obra, exceptuando el del castigo de *Caniyitas* y el *Inglés*, que comienza «*Ay Caniyitas ya cayó*» en el cual no estaban muy seguros, dejando endebles las entradas de las frases, y no cual correspondia.

El tio Joaquin, (Sr. Caballero) el Sr. Bossi (*Calamá*), y los Sres. Santes y Oriola, todos cumplieron en sus cortísimos papeles. La orquesta merece igualmente un grato recuerdo al dejar de hablar de esta produccion.

No sin motivo ha dicho el *Heraldo* uno de estos dias, lisonjeándose de contarlo pronto en el *teatro español*, que el Sr. Ruiz, director del cuerpo de baile de este teatro, era el mejor que teniamos de su género en España. El buen gusto en la combinacion del baile andaluz titulado *Los majos de la viña de Cadiz*, puesto en escena la noche del 3 en S. Fernando, ha merecido los justos aplausos que se tributaron al maestro y director, á la aérea Petra Cámara y á las seis parejas que los acompañaron, y cuyos nombres ignoramos, á excepcion de los de las jóvenes Quintero y Buzon. La escena de la contrafigura fué desempeñada con admirable igualdad y la decoracion última iluminada con vasos de color, producia un bellísimo efecto. De paso diremos al citado periódico, que el Sr. Ruiz cumplirá en Sevilla todo el tiempo de sus compromisos para con el público: despues quizás pase á la corte y entonces podrán aplaudirle los madrileños con mayor razon.

La ópera *Maria de Rohan* se ha cantado esta vez con mucho acierto, y aunque en general salió bien, en el *duetto* de tiple y tenor, que despues de un hermoso, apasionado y perfecto *andante*, tiene una valiente *Cavaleta* que concluye en *fermata*, dieron la Sra. Villó y el Sr. Carrion un *si natural* lleno, afinado, y que entusiasmó al auditorio. Respecto á la Sra. Villó diremos, que denotaba sin embargo no hallarse del todo buena de su última indisposicion.

La Sra. Scannavino desempeñó su parte regularmente, puesto que del personage que representaba se puede sacar mucho mas partido. Dijimosla, al juzgarla en la representacion anterior, que demostró cierta timidéz infundada, y ahora hemos hallado alguna frialdad en su manera de decir, cosa estraña contando con sus buenas facultades artísticas.

El Sr. Assoni estuvo feliz en su dificil papel pero mas especialmente en la *romanza* de salida, que la dijo con gusto.

Entre las producciones del autor de la *Calumnia el Vaso de agua*, y la *Cadena*, ocupa un

merecido puesto la que con el título «*Le Puff*» escribió el fecundo Scribe, y que con el acierto posible ha traducido D. Ventura de la Vega con el nombre de *La farsa, ó verdad y mentira.*

Esta comedia alcanzó un éxito brillante en Madrid y no puede tenerlo igual en provincias, por la sencilla razon de que el cuadro de costumbres que en ella se traza, es el de las del pais vecino, que aunque en escala muy inferior, solo encuentra un remedo en la corte de España, pero que es enteramente desconocido fuera de aquella. Exactitud en sus bien elejidos caracteres, propiedad en el diálogo de todas las escenas, aunque las hay demasiado largas, lo cual contribuye á languidecer un poco esta obra; y verdades tantas como palabras, sembradas con la oportunidad del talento en los cinco actos de que consta, hacen que los aficionados al género delicado que por desgracia son pocos, la escuchen con gusto y la aplaudan á su conclusion. Los actores trabajaron cuanto era posible para hacer resaltar el mérito de ella, y sus nombres exigen una especial mencion. Las señoras Baus y Revilla (D.ª Rita) y los Sres. Tamayo, Cejudo, Lozano, Pastrana y Albarran.

Con menos concurrencia de la que era de esperar atendido el tiempo que hacia que no se ejecutaba, hemos visto la ópera *Il retorno de Columella.* La Sra. Villó (D.ª Cristina) cantó su *aria* de salida con grande firmeza: el público en cambio estuvo algo frio durante esta pieza, como en la introduccion; pero el *spartitto* que va ganando progresivamente en interés, le animó mucho en el acto segundo con el precioso duo de tiple y baritono, que dijeron muy bien la señora Villó y el Sr. Baraldi. La Sta. D.ª Matilde Villó, sostuvo su papel, cantando con toda la gracia que requeria el *duetto* con el Sr. Assoni. Este baritono se lució en el desempeño de su parte, que es de bastante interés, y tanto por su *aria*, como por el *tercetto*, y por su buena ejecucion mímica, le éramos deudores á un sincero elogio.

En el acto tercero cantó el Sr. Baraldi una *aria* de Mercadante, sustituyéndola á otra de la *Safo* que le sirvió en las representaciones anteriores, y lo hizo con tanto gusto, que con justicia le aplaudió el público estrepitosamente por el *andante.* Mucho ha ganado la ópera con esta nueva pieza que sirve de introduccion al triunfo que obtiene luego en el *rondó* final la señora Villó (D.ª Cristina), que se ha hecho repetir siempre por el entusiasmado público, pero que nunca, como en la noche á que nos referimos, ha producido una ovacion tan lisonjera, para la mencionada *prima donna*, que fué aplaudida, colmada de bravos, y con las mayores instancias pedida su presentacion en el palco escénico, despues de haber bajado la cortina. El *tercetto* de bajos por los señores Assoni, Becerra y Casanova, se repitió cual merecia, por lo bien sostenido de la accion y la armonía de su canto. Al terminarlo, yendo en retirada para uno de los costados del teatro, tropezaron con un bastidor saliente, y no pudieron evitar una caida á la vista del público, de la cual el Sr. Assoni parece que fué quien sufrió la peor parte, lastimándose un brazo. El cuerpo de coros cantó el de los *locos* á la perfeccion, y la orquesta acompañó con acierto á los artistas.

Es un angel! ¡Qué bellísimo título para una comedia, y qué bella y delicada es la que ha escrito nuestro amigo D. Ceferino Suarez Bravo! Lástima que tan escasa concurrencia tributase una palmada tan merecida á la conclusion de esta obra, la mas predilecta y que mas nombradía ha proporcionado al autor del *Motin contra Esquilache* y del *Enrique* III! Cuando comparamos el bullicio, y la animacion que reina en nuestro teatro los dias en que se ponen en escena las *inmorales, desatinadas y ridículas comedias andaluzas*, tal cual nos las presentan hasta ahora en escena, no como pudieran ser; es decir, tomando por tipos esos caracteres generosos, cuanto festivos y picantes, tan comunes en los hijos de Andalucía; cuando repetimos, se aplauden con furor tales producciones, mientras pasan casi indiferentes las que revelan el verdadero genio dramático, las que honran el teatro nacional, que sin la *parcialidad, la falta de patriotismo y envidias mal tenidas*, pudiera ser émulo en nuestro siglo del antiguo teatro de Lope de Vega, y Calderon; un sentimiento profundo se grava en nuestra alma, y se detiene nuestra pluma al imprimir sobre el papel una amarga censura contra ese gusto degenerado boceto verdadero del deplorable cuadro que pudiera pintarse de nuestras costumbres y de nuestras miserias. Pero nos hemos distraido del principal propósito con digresiones que por lo menos no son inoportunas.

La comedia *Es un ángel!* tiene ciertos lunares para una detenida crítica, y su desenlace tampoco llena nuestros deseos. La ejecucion ha sido buena. La señora Baus estuvo admirable, especialmente en la escena delicada y picante del acto segundo con el hombre á quien ama y del que tiene crueles celos, y durante el acto tercero. La Sta. Buzon desempeñó su papel de hija y amante del mismo que su madre adoraba, y que esta le ofrecia por esposo, con el fuego que inspira el amor, pero con el respeto que debia á la que le diera el ser. Los Sres. Tamayo, Cejudo y Pastrana, cumplieron con su deber. El juguete *Una noche á la intemperie* es bastante tonto é inverosímil; pero entretuvo por estar encomendados sus dos papeles á la Sra. Revilla y el Sr. Cejudo.

Propicias las compañías dramáticas de ambos coliseos á ofrecer novedades, justo será hacer mérito de las que ha puesto en escena la del teatro *Principal*, despues de dedicar algunas lineas al *Barbero de Sevilla*, única ópera que se ha representado en la semana. Su exito no ha sido el que esperábamos, apesar de los esfuerzos hechos por la Sra. D.ª Ercilia Agostini, que tiene una voz agradable, y fué saludada á su aparicion con una salva de aplausos; y los de los Sres. Verger, Ley y Sermattey, no menos que del bajo profundo Sr. Portto, que al presentarse en el palco escénico con el trage clerical propio de su papel de D. Basilio, produjo un júbilo extraordinario, efecto de las simpatías que ha alcanzado entre los sevillanos. Con impaciencia esperamos el debut de la Sra. Cattinari.

Desdice del nombre y fama del Sr. Martinez de la Rosa su antigua comedia *Los zelos infundados ó el marido en la chimenea*, y aunque ejecutada con esmero por la Sra. Valero, y Sres. Revilla y Bal y muy notablemente por el Sr. Contador, que nos gustó haciendo de mayordomo, la obra nos parece ahora lánguida y desanimada. Con la chistosa comedia *Trapisondas por verdad*, hizo su primera salida el gracioso de la compañía D. Fernando Osorio, que demostró tener poca chispa, y á quien diremos hoy dos cosas: que eligió una pieza de prueba para un actor cómico, lo cual es mal precedente para el que comienza en su carrera; y que no olvide lo que hemos dicho sobre ciertas caricias en la escena.

La pluma de Rubí corrió ligeramente en *El arte de hacer fortuna*, y prescindimos de sus faltas de bulto, en gracia del carácter que se propuso pintar. La Sra. Valero nos ofreció una nueva prueba de sus talentos: la Sra. Romero trabajó regularmente: el Sr. Revilla dió muestra del estudio que ha hecho de Romea en esta produccion, la cual ha desempeñado con propiedad y desembarazo: el Sr. Bal sostuvo bien su cargo de ministro; y el Sr. Faubet, el del tímido Vinuesa: no así el Sr. Contador que olvidó la importancia que se dán los porteros de los ministerios.

M. M. del Campo.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

En la semana entrante recibirán GRATIS nuestros suscritores el tomo 1.° de EL CAPITAN PABLO, de Alejandro Dumas, segun ofrecimos, que corresponde al mes tercero de nuestra publicacion. Debemos volver á repetir á los Sres. Suscritores y á cuantos no han entendido las esplicaciones dadas acerca de los tomos que regalamos, que la BIBLIOTECA SEVILLANA publica tres mensualmente, y de ellos, damos uno GRATIS cada mes á los suscritos á la PLATEA, y por los dos restantes, abonarán DOS REALES por tomo, y DÓS CUARTOS mas para el repartidor, si es que gustan completar la novela; de manera que, si esta consta de tres tomos, por ejemplo, solo cuestan á nuestros suscritores la ínfima cantidad de cuatro reales. La Biblioteca se cuida de que sus obras sean de los autores mas acreditados del vecino reino, y las que obtengan mayor popularidad. Fuera de esta capital se aumenta MEDIO REAL mas en tomo, por razon de portes.

La suscricion á la PLATEA se entiende por números y no por meses y bajo tal concepto, cuatro números componen el mes, y trece el trimestre. Sirva esta indicacion de aviso á nuestros corresponsales de provincias.

LA PLATEA, periódico el mas barato de España, se publica todos los domingos en dos pliegos de doble marca distribuidos en 24 columnas de lujosa impresion, con gravados, artículos interesantes sobre todas materias, novelas, crítica de teatros, episodios históricos, y argumentos enteros de todas las óperas. La suscricion cuesta

En Sevilla.	Fuera de la capital.
Por un mes 4 rs.	Por un trimestre 16 rs.

La empresa hace en el acto regalos de novelas á los que anticipen el importe de la suscricion de trimestres, semestres y año, en esta forma:

A los que se suscriban por un trimestre, tres tomos, La Judería de Sevilla y Paulina, novela de Dumas: á los que por semestres, seis tomos, Rafael por Lamartine, Elena de Orleans, por Dumas, y la Judería de Sevilla; y á los que lo hagan por un año, diez tomos, La jóven regente, por Masson, Elena de Orleans, Rafael, Paulina y la Judería.

Desde el número 10 publicaremos en cada número ocho páginas de novelas, las que tambien se darán por separado en elegantes tomos, por un precio increible, y daremos principio alternando las originales con las traducidas, por la última de Alejandro Dumas titulada Los mil y un fantasmas, á la que seguirá La Judía Raquel, debida á la pluma de nuestro redactor y director D. Manuel María del Campo.

La REDACCION se halla establecida en la imprenta del periódico, calle de la Muela núm. 32, único punto en que se admiten suscriciones.

En provincias en las librerias y corresponsales siguientes: Cadiz, libreria de Arjona, Calle de las Torres núm. 58 1/2—Jeréz, libreria de Bueno.—Córdoba, libreria de Galvez, Lozano y C.ª—Madrid, libreria de Monier y Cuesta.—Medina de Rioseco, librería de D. Gerónimo Llorente.

Redactor y Director, D. Manuel María del Campo.

SEVILLA.
Imprenta de Gomez, Editor, calle de la Muela núm. 32.—1849.